

INTERTEXTUALIDAD HISTÓRICA EN LA INVASIÓN DE IGNACIO SOLARES

CARLOS ROBERTO CONDE ROMERO

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

1. Preliminares

Sin lugar a dudas, la novela histórica es un género especialmente fecundo en nuestra narrativa. En los últimos veinticinco años nos ha proporcionado obras tan relevantes como Noticias del Imperio de Fernando del Paso, *El diario maldito de Nuño de Guzmán* de Herminio Martínez, El seductor de la patria de Enrique Sema o *Madero, el otro* de Ignacio Solares, cuya más reciente novela, *La invasión*, constituye nuestro objeto de estudio.

Es evidente que una obra como ésta, enmarcada en el género mencionado, no sólo sugiere, sino que “obliga, para su interpretación a una confrontación intertextual, pues, de una manera u otra, el otro texto –el discurso histórico o simplemente accional– se halla presente, aunque sea como un fondo, sino lo está como una inevitable relación, que obliga al lector” (Prada, 2003a: 163) a tener presentes ambos discursos –el *ficticio* o fáctico y el historiográfico o factual– en una lectura de *segundo nivel*, a fin de encontrar el efecto de sentido que la obra encierra, o, mejor aún, para *hacer hablar al símbolo* que la obra nos guarda: cómo es que el autor modelo altera el acontecimiento histórico que ha tomado como contenido de su discurso, por qué realiza tal alteración y qué intención estética subyace en ella. En pocas palabras, en este trabajo

procuraremos transitar hacia a la obra a través del sendero de la *intertextualidad*, uno de los cinco modos que Gérard Genette proponía en 1981 como propios de la trascendencia textual del texto o *transtextualidad*. Brevemente aclararemos que, siguiendo la tendencia señalada por el propio Genette así como por Michael Riffaterre y Umberto Eco en sus valiosos trabajos sobre la cooperación interpretativa en los discursos narrativos, veremos en la transtextualidad y sus diferentes relaciones, especialmente aquella que nos guía en este trabajo, algo más allá de la mera noción de influencia o filología de fuentes. Por el contrario, la consideraremos una herramienta valiosa para entrar en la verdad y ser del símbolo que el discurso propone al lector.

2. La intertextualidad

Gérard Genette la define de una manera, admite, restrictiva en relación con el paradigma kristeviano, siendo para él “la relación de copresencia entre dos o más textos” (Genette, 1989: 10), es decir “eidéticamente, y, la mayoría de las veces, por la presencia efectiva de un texto en otro” (Genette, 1997: 54). La intertextualidad, a su vez, tiene diversas variantes según su grado de explicitación, dentro de las cuales las más importantes son la *cita*, el *plagio* (que Omar Calabrese propone traducir, más apropiadamente, por *calco*, a fin de eliminar incómodas connotaciones legales) y la *alusión*. Se entiende que la cita es la forma más explícita y literal de la intertextualidad, mientras que la alusión «es una forma parcialmente explícita o, inclusive, “hipotética”» (Beristáin, 1998: 271), menos manifiesta y menos literal. Así, la alusión y el calco constituirían una especie de *citas ocultas*, no declaradas, insertas en el texto sin los indicadores extratextuales evidentes (como lo serían las “canónicas” comillas o las letras *en cursiva*) y sólo diferenciadas en que la segunda es literal y la primera toma la forma “de un enunciado cuya plena intelección supone la percepción de una

relación entre él y otro al que remite necesariamente una u otra de sus inflexiones” (Genette, 1997: 54).

3. Intertextualidad en la invasión

Son varios los discursos que aparecen citados o aludidos en *La invasión*. Una enumeración sucinta incluiría la obra de teatro *Tras una nube una estrella* de Juan Miguel Losada, la autobiografía de Santa Teresa, o un par de coplas populares citadas en el capítulo IX de la Tercera Parte.

Sin embargo, los discursos que más veces son citados y en muchas más aún aludidos e incluso calcados, y con los que la novela nutre su símbolo son, obviamente, los de índole historiográfica. ¿Cómo trabaja el autor modelo con la intertextualidad histórica? ¿Qué persigue con ello? A fin de procurar una respuesta para estas preguntas estableceremos por inicio una comparación entre dos discursos: el “ficcional”, de su novela *La invasión*, y el “factual” o historiográfico. Recogeremos algunos *pasajes* de la novela y los confrontaremos contra fragmentos de diversos textos historiográficos.

Es necesario señalar que nuestra intención al confrontar la novela frente al discurso historiográfico no es, de ninguna manera, demostrar la falsedad o veracidad de los enunciados contenidos en la novela de Ignacio Solares, ya que el enunciado estético, recordémoslo, “no es verdadero ni falso en el sentido *vericondionalista*, es decir lógico-racionalista” (Prada, 2003a: 163).

Uno de los primeros eventos históricos tematizados es la llegada de las tropas estadounidenses al puerto de Veracruz; tema de una plática de tantas que Abelardo sostiene con sus compañeros en el Café del Progreso.

–Leí que un grupo de jóvenes veracruzanos está llevando a cabo una función de teatro para “hacerse de fondos e improvisar un hospital de sangre”, y que las mujeres “cosen saquillos y arman

cartuchos de cañón, y aprontan sábanas, vendas e hilas para atender a los heridos". Y que es impresionante la cantidad de hombres en edad de tomar las armas, que se alistan ya en la guardia nacional. (Solares, 2005: 62)

En un texto abiertamente historiográfico, como lo es *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, aquel libro en el que participaron, entre otros, José María Iglesias, Manuel Payno, Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, la fundación del hospital se refiere de la siguiente manera: "En estos momentos de desamparo, el ayuntamiento ofreció todos sus recursos para la defensa de la plaza, y los habitantes de ella contribuyeron por medio de una función de teatro, representada por particulares, para formar un hospital de sangre" (Alcaraz, 1974: 152). Dos diferencias son obvias entre las presentaciones de los eventos. Para empezar, lo que en la segunda es un simple grupo de particulares, en la primera había sido específicamente un grupo de jóvenes. Por otra parte, los que en el discurso ficcional habían recaudado los fondos (sujetos operadores, para decirlo estructuralmente) se vuelven, en el historiográfico, en los que posibilitan que los habitantes de Veracruz formen el hospital de sangre.

Mientras tanto, Enrique Olavarría y Juan de Dios Arias, los historiadores a quienes Vicente Riva Palacio encomendó la redacción de los capítulos sobre el México Independiente, refieren el evento que nos ocupa como sigue:

El pronunciamiento de los llamados *polkos* acabó de quitar á los veracruzanos toda esperanza de auxilio que viniese de México, y ya no se atuvieron más que a sus propios recursos: el patriotismo lo hizo todo: las señoras cosían saquillos y cartuchos de cañón y preparaban sábanas, vendas é hilas para atender a los heridos: casi todos los hombres capaces de tomar las armas pertenecían a la guardia nacional de la ciudad, y cubrían sus

respectivos puntos desde los primeros momentos del peligro [...] (Riva Palacio, 1987: 97)

Pongamos otro ejemplo. Esta vez el episodio tematizado es el del lamentable pronunciamiento de los *polkos*, los regimientos de la Guardia Nacional formados por los miembros de las clases acomodadas de la ciudad de México, quienes se rebelaron ante el decreto gubernamental de ocupar las rentas eclesiásticas a fin de hacerse de recursos para continuar la guerra. La novela refiere los acontecimientos del siguiente modo:

¿Cómo entender que incluso algunos de esos mismos amigos del Café del Progreso [...], apenas en febrero pasado, tomaran las armas contra el gobierno federal solo porque el vicepresidente Gómez Farías impuso un préstamo forzoso de quince millones de pesos al clero mexicano? ¡Enfrentarse al gobierno federal ya con los yanquis encima de nosotros! [...] Como sea, su relación con el clero pareció la causa determinante de su absurda e incomprensible acción. (Solares, 2005: 93-95)

Jesús Velasco, en el capítulo que sobre “La guerra con los Estados Unidos” escribió para la *Historia de México* coordinada por Miguel León-Portilla en la década de los setentas, nos dice al respecto:

En el momento en que el norte de México era ocupado por los norteamericanos, en la capital de la República estallaba una nueva guerra civil, conocida como el *movimiento de las polkos*. [...] La situación era insostenible y Gómez Farías creía que la única institución que podía ayudar al gobierno en el financiamiento de la guerra era la Iglesia [...] El 11 de enero de 1847 el Congreso, tras un intenso debate, aprobó una ley que autorizaba al Ejecutivo a obtener quince millones de pesos mediante la hipoteca de algunas propiedades de la Iglesia.

[...] algunos cuerpos de las guardias nacionales de la Ciudad de México se levantaron en armas pidiendo no sólo la derogación de los dos decretos, sino también la renuncia inmediata del vicepresidente. La lucha duró aproximadamente un mes [...] (Velasco, 1978: 1877)

Podemos observar que, a pesar de ambos discursos refieren el mismo *evento*, el primero lo lleva a cabo con una focalización interna mientras que el segundo *narra* con una focalización externa totalizadora. Siguiendo a Prada Oropeza, en una tipología del narrador según la focalización, es decir, cómo se configura la acción en evento, distinguimos entre la focalización externa (la acción se convierte desde fuera de la cadena diegética) y la interna (se convierte desde dentro de la cadena diegética).

Además, claro, el punto de vista de la primera es el de un narrador-testigo directo, Abelardo, un habitante de la ciudad de México cercada por la evasión, quien no sólo transmite la información, sino que ya ejerce un hacer interpretativa sobre ella. En la segunda el narrador está no-marcado o implícito, y presenta un discurso "... con pleno conocimiento de los hechos: su tiempo de realización [...], su espacio [...], sus actores" (Prada Oropeza, 1993b: 182).

Es por demás interesante observar el proceso ficcionalizador en las líneas correspondientes a la dolorosa batalla de Padierna, especialmente en lo que se refiere a las extrañas órdenes de Santa Anna. Revisemos primero la narración historiográfica, en este caso acudiendo de nuevo a los *Apuntes*:

Muy distinto era el aspecto del general Valencia á la caída [*sic*] de la noche: persuadido de la permanencia en sus puntos de las tropas de Santa-Anna, viendo que conservaba sus posiciones; reconociendo corta su perdida, y contentos y con denuedo sus soldados, soñó con el triunfo [...], dictó él mismo su parte

[...]. El general Valencia se guareció en una barraca que había en el lugar de las baterías. A las nueve llegaron á ella Ramiro y del Río, diciendo que iban de parte del general Santa-Anna. Comenzaban á dar su orden [*sic*], cuando interrumpió Valencia, preguntando dónde se hallaba aquel general. Se lo dijeron; se cercioró entónces [*sic*] de la retirada de sus tropas; y ya frente de su horrible posición, en tono colérico, brotando fuego sus ojos, descompuesto, abandonando la circunspección y lo que á sí mismo se debía, prorrumpió en imprecaciones contra el general Santa-Anna [...]. El Sr. Ramiro, en la declaración que dió sobre la conferencia que tuvo con el general Valencia, asegura que le llevó ya la orden de retirarse; pero tal aserto está en contradicción con el informe del general Salas, que asistió a aquella entrevista, y ha dicho que esa orden la llevó el ayudante de Valencia D. Luis Arrieta, á las dos de la mañana.

[...]

A las dos de la mañana, un ayudante del Sr. Valencia, como acabamos de indicar arriba, fue á decirle, de parte de Santa-Anna, que se retirase [...]. La retirada se consideró como una cobardía: las posiciones de los americanos la hacían muy difícil, y el vilipendio de ella sobrecogió á todos generalmente. Rehusóse [*sic*] á obedecer Valencia, ya bajo la influencia de la desesperación. (Alcaraz, 1974: 239-241)

Siendo un discurso historiográfico, llaman poderosamente la atención ciertos detalles, mínimos si se quiere: ¿cómo saben los autores de este discurso, de dónde les consta, que el general Valencia *soñó* con el triunfo, que de sus ojos *brotaba fuego*, o que se encontraba *ya bajo la influencia de la desesperación*? ¿De dónde le es posible sino del carácter narrativo, soporte, bien lo ha señalado Ricoeur, tanto del discurso *fictivo* como del historiográfico? Acudamos ahora a la novela que nos ocupa en esta ocasión:

A las dos de la mañana, cuando el general Valencia, pleno de entusiasmo, redactaba su parte de guerra, se presentaron, a

“ponerse de acuerdo sobre las futuras operaciones”, dos oficiales de Santa Anna, indicando que la orden de éste era que Valencia se retirara cuanto antes de Padierna.

–¿Por qué? –preguntó con unos ojos pasmados–. Si el general Santa Anna nos apoya esta misma madrugada y ataca por la retaguardia, atrapamos a los yanquis dentro de una pinza de la que difícilmente podrán escapar.

–El señor Presidente sólo ordenó que se retire usted inmediatamente de este lugar. Punto.

–¿Pero por qué si acabamos de recuperarlo, con el costo de cuántas vidas?

–No nos dio razones el señor Presidente.

–Pues entonces díganle a su señor Presidente que no me muevo de aquí, mañana defenderé el lugar aún con mayor decisión, y que él vaya y chingue a su madre. Los comisionados regresaron a dar parte a Su Alteza Serenísima del mensaje de Valencia –seguramente también incluida la mentada de madre– y pronto estuvieron de nuevo en Padierna.

–El señor Presidente le reitera la orden de retirada, sin más explicaciones. En caso de que no lo obedezca, dice, simple y sencillamente lo mandará fusilar mañana mismo.

Valencia arrostró el fusilamiento. Todos sus oficiales aprobaron su valor y la desobediencia. Seguirían peleando, aún con mayor entusiasmo, y se buscaría el triunfo pese a la instrucción contraria y la alta investidura del Presidente de la República.

Al amanecer, Valencia comprobó que Santa Anna y sus tropas se habían retirado a la lomita cercana. (Solares, 2005: 190-191)

Se aprecian inmediatamente que las diferencias entre ambos discursos van más allá del mero diálogo: lo que en el factual sucede en dos tiempos (nueve de la noche y, finalmente dos de la mañana), en el fictivo sucede sólo en uno; los que en aquel son, aparentemente, simples civiles, en éste se han vuelto oficiales de Santa Anna. Y, más notorio aún, lo que en el primero es una incertidumbre (no queda claro si el exabrupto de Valencia se debe a la orden de la retirada), en el segundo es una certeza absoluta.

El autor implícito, a partir de un discurso historiográfico que, al menos en ese fragmento, se muestra consciente de sus límites, ha tomado una decisión (los oficiales claramente ordenan a Valencia abandonar Padierna) en beneficio de la propia intriga.

¿Miente entonces el discurso ficcional? Antes de responder esta y otras preguntas que hemos ido sembrando a lo largo de este trabajo, permítasenos poner un último ejemplo.

Conforme la diégesis de la novela se desenvuelve, se hace patente la importancia que para Abelardo cobran las figuras de los guerrilleros, específicamente de uno de ellos:

Así, una mañana salté –y ese salto es el que me intrigaba– de la lectura de los Evangelios a una nota en el *Monitor* que hablaba de un sacerdote, exiliado español, ¡quien se declaraba furibundo antinorteamericano y había organizado una guerra de guerrillas, contra las fuerzas de Scott!

Me tallé los ojos [...], releí la nota y, en efecto, constaté que tal personaje existía.

La parte central era un comunicado del general Rebolledo desde Veracruz, dirigido al Ministerio de Guerra y Marina:

Tengo el honor de comunicarles los perjuicios causados hasta el momento a nuestros enemigos por las guerrillas del sacerdote español, exiliado entre nosotros, Celedonio Domenico de Jarauta, para que puedan ustedes elevarlo al conocimiento del Supremo Gobierno.

[...]

¿Quién podía ser ese sacerdote español, exiliado entre nosotros que, seguramente desde su fe cristiana, montaba esa guerra de guerrillas tan eficaz contra los norteamericanos? (: 131-132)

Tal es la primera mención que del padre Jarauta se hace en la novela. Mucho más adelante el papel temático del guerrillero habrá de textualizarse fugazmente a partir del tercer capítulo de la tercera parte. Y de una manera por demás significativa: “Así como la lucha contra el Islam ocupaba la mente de San Ignacio de Loyola

durante su juventud, en la de él se volvió obsesión ayudar a los mexicanos a pelear contra los *infielos* yanquis, “para lo cual tenía que haber sido jesuita y nada más que jesuita” (: 223).

Ahora bien, ¿qué dicen los discursos historiográficos acerca del padre Jarauta? *Apuntes* aborda el tema de la guerrilla de manera por demás tangencial, pero aún así refiere al respecto: “Entre los jefes de guerrillas, sobresalieron: Rebolledo, por su valor, su moderación y su carácter humano y generoso, y el padre Jarauta, por su genio activo y emprendedor y su estremado arrojo” (Alcaraz, 1974: 387). Sin embargo, aún más significativo para nuestros propósitos es el apartado que Olavarría y Arias, historiadores liberales después de todo, dedican al tema:

Con Paredes se asoció, y fue el primero en dar la voz de pronunciamiento, el cura y guerrillero español Jarauta, quien como antiguo carlista era inclinado a todo lo que significase reacción conservadora, y estaba habituado al desorden y a la indisciplina. Como en algún otro lugar lo hemos dicho, Jarauta se hizo guerrillero contra los americanos, por sus mismas inclinaciones al desorden y a las revueltas, y no por sus simpatías hacia el país a que le trajeron las derrotas de sus cofrades en España y su espíritu rebelde que no le permitió someterse a la paz con que se invitó por el gobierno de aquel país a su facción [...]; prueba de que no obraron en él esas simpatías, es la prontitud con que tomó parte en nuestras contiendas civiles, que en aquellos momentos eran lo más antipatriótico y miserable que a hombre alguno podía ocurrírsele: el desorden era su inclinación, y en el primero que ocurrió quiso también ser el primero. (Riva Palacio, 1987: 161-162)

Más allá de los epítetos y descalificaciones, llama la atención las apreciaciones sensiblemente diferentes que se tienen de Jarauta en cada uno de los textos. ¿Por qué el Autor Modelo del fictivo ha tomado, aparentemente, *tantas* libertades al ficcionalizar una sustancia del contenido previamente ya formada (interpretada)

en un sentido diferente (un contra-sentido) por otros discursos de índole historiográfica?

Ello se debe a los límites de ambas clases de discursos, el historiográfico, obligado por su marco epistemológico a *narrar*, en lo posible, a presentar como elemento de su discurso sólo aquello que le consta, que le es posible *referenciar*, si se nos permite el término, de manera veritativa en pruebas documentales. Mientras tanto, el discurso estético-literario no esté precisado a moverse bajo el marco *predicativo* de una verdad lógico-racionalista (bajo la cual es posible mentir), antes al contrario. En el discurso estético-literario en particular y en el arte en general, bien lo vio Heidegger, la verdad no está presente como una correspondencia entre enunciado y referente, sino que *es el arte el que hace surgir la verdad*.

La verdad que se abre en la obra no puede demostrarse ni derivarse a partir de lo que se admitía hasta ahora. La obra rebate la exclusividad de la realidad efectiva de lo admitido hasta ahora. Lo que el arte funda no puede nunca, precisamente por eso, verse contrarrestado por lo ya dado y disponible. (Heidegger, 2001: 54)

En los textos estético-literarios que han tomado como su sustancia del contenido la Historia subyace entonces una intencionalidad *diferente* de la del texto historiográfico: la de hallar la significancia específica del relato haciendo al lector asumir el texto en su esteticidad, como un “símbolo desarrollado en forma de relato” que “da qué pensar” (Ricoeur, 1960: 25-323). La aparición de la figura del sacerdote, que a través de su fe se vuelve guía hacia la liberación, nos anuncia ya el símbolo que habita *La invasión*, tan caro por otra parte a la narrativa solareana: ante la invasión norteamericana, Abelardo, Urruchúa e Isabel, pero de hecho todo México, entran en el sitio: “el encierro súbito que obliga a una comunidad [...] a vivir en el aislamiento y la zozobra” (Prada, 2003b: 71). Es en ese sentido que una novela como *La invasión*, donde la Historia se suministra

a cuentagotas, es una novela histórica por demás ejemplar al establecerse como una interpretación (o dicho con mayor precisión: un interpretante) de uno de los capítulos más oscuros de la historia de México que, paradójicamente, acabaría por hacer germinar a una generación liberal que en las dos décadas lucharía por consolidar política y socialmente al país. Después de todo, el sitio, dice Prada, desencadena necesariamente nuevas actitudes y hace emerger nuevos valores para enfrentarlo.

Referencias

Alcaraz, Ramón, et. al.

1974 *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. México, Siglo XXI.

Beristáin, Helena

1998 *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa.

Genette, Gérard

1989 *Palimpsestos (la literatura en segundo grado)*. Madrid, Taurus.

1997 "La literatura a la segunda potencia" en Navarro, Desiderio (selecc.) *Intertextualité (Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto)*. La Habana, UNEAC-Casa de las Américas.

Heidegger, Martin

2001 *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza Editorial.

Prada Oropeza, Renato

1993 *Análisis e interpretación del discurso narrativo-literario*. Zacatecas, UAZ.

2003a *Hermenéutica, símbolo y conjetura*. Puebla, UIA-BUAP.

2003b *La constelación narrativa de Ignacio Solares*. México, Ediciones Eón.

Ricoeur, Paul

1960 *Finitude et culpabilité (la symbolique du mal)*. París, Aubier.

Riva Palacio, Vicente (dir.)

1987 *México a través de los siglos* (Tomo XIII). México, Cumbre.

Solares, Ignacio

2005 *La invasión*. México, Alfaguara.

Velasco, Jesús.

1978 "La guerra con los Estados Unidos" en León-Portilla, Miguel (coord.), *Historia de México* (Tomo 8). México, Salvat Editores.

